

Accésit

Guzmán Martínez-Villanueva Peláez

La octavilla



Aparecieron de improviso poco antes del atardecer. Siete u ocho hombres con aspecto andrajoso, chaquetas gastadas y barbas desaliñadas. De aire adusto y mirada sombría, armados con fusiles y pistolas. Entraron en la pequeña taberna de la Plaza Mayor y encañonaron al personal allí presente, demandando educadamente sus carteras. Todos los parroquianos, entre los que me

incluía, obedecieron dócilmente, sin voluntad alguna de causar conflicto. Súbitamente, uno de aquellos hombres disparó a don Cosme en la pierna tras confundir su gesto pensando que sacaba un arma del bolsillo. Yo era entonces un rapaz de apenas 7 años y el sonido de aquel disparo me sobrecogió de tal modo que no pude evitar orinarme de puro terror. Recuerdo a la hija del tabernero acudiendo a trompicones a socorrer al bueno de don Cosme, que profería entre dientes una retahíla de insultos y gemidos lastimeros. También recuerdo perfectamente al líder de aquella tropilla: limpios ojos azules, pelo grasiento color azabache y un gesto firme, que imponía respeto pese a estar visiblemente contrariado tras la escaramuza. Esbozó una breve y atropellada disculpa por el accidente y presentó a su decrepito grupillo como una partida de guerrilleros antifascistas que habían entrado en el pueblo para recaudar víveres y provisiones sin intención de causar daño a nadie. Acto seguido, demandó, autoritariamente, saber el nombre de aquellas familias ricas del pueblo que pudieran proporcionarles los suministros que necesitaban. En la taberna se hizo un silencio sepulcral, solamente roto por los aullidos de dolor del herido. Nadie quería abrir la boca y delatar a sus vecinos. Yo, aunque hubiera querido, tampoco podría haber articulado palabra alguna, pues el pánico me había arrebatado la voz. El comandante guerrillero nos miró uno por uno y se llevó una mano a la funda de la pistola. Fue el secretario el que finalmente cedió y balbuceó los nombres que

pedían bajo la mirada de severo reproche del alcalde. Ese día se llevaron de las casas de los pudientes y del propio ayuntamiento dinero, cerillas, quesos, patatas, coñac y otras viandas. Hasta cogieron la máquina de escribir del secretario. Antes de retornar a la espesura del monte, gritaron vivas a la República y lanzaron octavillas en la plaza del pueblo en las que podía leerse: “Muerte a Franco, viva la Libertad”.

La mayoría de los habitantes del pueblo, atemorizados, ignoraron las octavillas y cerraron a cal y canto sus hogares, mientras el alcalde se dirigió al teléfono del ayuntamiento para contactar con el cuartel de la Guardia Civil de Priego.

Por mi parte, tras tomar una de las octavillas sin que nadie me viera y darle cobijo en mi bolsillo, corrí como un galgo hacia el humilde rento donde vivía con mis padres a las afueras del pueblo. Encontré a padre en la puerta de la casa, pelando un gazapillo con el ceño fruncido y la mirada perdida. Madre siempre decía que el carácter de padre se había ensombrecido desde que el tío Braulio no volvió de la guerra. Lo cierto es que nunca fue hombre de muchas palabras; pasaba la mayor parte del tiempo fuera con las ovejas y cuando regresaba a casa estaba ensimismado, como si su mente se hubiera quedado en otro lugar lejos de allí. Tartamudeando, conté a padre lo ocurrido en el pueblo y su rostro se endureció.

—Esto traerá problemas—dijo con voz grave—. Y continuó con su labor.

No era la primera vez que mis ojos se cruzaban con los de un guerrillero. Tres semanas atrás, dos de ellos se presentaron de madrugada en casa, procurando hacer el menor ruido posible. Padre les dejó entrar y estuvieron hablando mientras madre preparaba unas gachas de almorta para cenar. Yo fingía dormir en el altillo, pero escuché atentamente todo lo que dijeron.

—Franco tiene los días contados Faustino, te lo digo yo. Hitler y Mussolini ya han caído, la presión internacional hará que los aliados entren también en España.

No vi el rostro del guerrillero, pero tenía una voz ronca y algo desagradable. Padre le llamaba Pascual, pero su compañero se refería a él como “Ochoa”.

—Sabes que no me interesa la política, Pascual. Lo único que sé es que el monte está plagado de guardias civiles y no quiero que me relacionen con vosotros. Puedes quedarte hoy, por lo que hiciste por el Braulio cuando la guerra. Y llévate unos quesos y agua si quieres, pero no volváis más por aquí. Tengo familia Pascual ¿y si se entera la guardia? ¿En qué coño estabas pensando?

—Faustino no me jodas, tú sabes las penurias y miserias que pasamos en el monte. Necesitamos gente como tú, de confianza, para garantizar que nos lleguen suministros y poder continuar la lucha.

—¿Qué lucha? La guerra acabó hace ya 7 años, por el amor de Dios. ¿Qué motivos hay para seguir luchando?

—Nosotros luchamos por la libertad y la justicia, mientras otros duermen calentitos en casa. —les interrumpió un segundo guerrillero.

—¿La libertad?—Padre soltó una amarga carcajada.—He oído lo que pasó en el Martinete, lo que le hicisteis a esa pobre gente. Dime, ¿qué demonios tiene eso que ver con la libertad?

—Nosotros no tuvimos nada que ver con eso Faustino—contestó Ochoa con semblante sombrío—. Estábamos de misión cerca de Valdeolivas cuando ocurrió, el grupo de “El Pena” se encontró con una patrulla de guardias civiles y la situación se descontroló, eso es todo.

—Sea como fuere el caso es que ocurrió. No quiero poner a los míos en peligro por vuestra culpa, en cuanto os terminéis eso largaos de aquí, por favor.

—Estoy harto de tanta puñetera queja. Da gracias que eres conocido de Ochoa, sino te obligaríamos a colaborar—comentó el otro guerrillero dando un fuerte golpe en la mesa.

Padre soltó un gruñido.

—Podrías, claro que sí. Y entonces ya nada os diferenciaría de esos fascistas hijos de puta. Pero no lo haréis. Por Braulio. —miró fijamente a Ochoa— Y porque me lo debes.

Se produjo un tenso y largo silencio hasta que el líder guerrillero intervino.

—No sabrás más de nosotros Faustino, no te preocupes. Gracias por la cena y los quesos de hoy. Nos vamos ahora mismo, en cuanto hayamos cogido todo lo necesario. Salud amigo, cuida bien de tu familia.

Desde aquel encuentro, notaba a mis padres muy nerviosos, aunque entonces no entendí muy bien el porqué. Las batidas de la Guardia Civil en la zona eran habituales, temían verse involucrados de nuevo en un conflicto entre las fuerzas del orden y los guerrilleros. Además, probablemente la guardia tendría fichado a padre por haber militado el tío Braulio en el PSOE antes de la guerra.

Al día siguiente de la “toma” del pueblo por los guerrilleros se presentó en el Ayuntamiento una camioneta con diez u once guardias civiles. Reunieron en la plaza a los protagonistas de los hechos ocurridos en la taberna y fueron casa por

casa tomando declaración a los vecinos. Uno de ellos, de expresión recia y enorme bigote, se presentó en nuestro rento e hizo a padre unas preguntas a las que él contestó con brevedad. Noté algo raro en su mirada al marcharse, pero no le di ninguna importancia. Si hubiera sido un poco más mayor, quizá...

Al cabo de unas horas volvieron por donde habían venido, llevándose preso con ellos al secretario por revelar información a los guerrilleros, pese a que el cura salió en su defensa.

—¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Dejarse matar? ¡Evitó un baño de sangre!—protestó el sacerdote a uno de los guardias.

—Colaboró con los rojos, el sargento tiene que llevárselo preso, es la ley. Da igual lo buenas que fueran sus intenciones—dijo el capitán encogiendo los hombros.

Los guardias se marcharon y el miedo se instaló en el pueblo. Un mal invisible acechaba aquella triste villa y el corazón de sus habitantes. Y estaba a punto de manifestarse del modo más cruel posible.

Unos días más tarde, murió don Cosme ya que la pierna se le gangrenó a causa de la herida de bala. Madre y yo fuimos al entierro. El cura dio un largo y solemne sermón, conminándonos a no auxiliar de ninguna manera a los rojos para no provocar la ira de Dios y acabar sufriendo el mismo destino que el secretario o el pobre don Cosme.

Pese a mi corta edad, intuía que algo extraño estaba ocurriendo. Recuerdo la tensión que había en casa, las conversaciones en susurros entre los vecinos... Los guerrilleros, con su aspecto fiero y peligroso, me daban auténtico pavor desde aquella tarde en la que me apuntaron con sus fusiles en la taberna.

No me hicieron daño, cierto, pero no dudaron un segundo antes de apretar el gatillo del fusil. Además, el cura proclamaba que eran poco menos que esbirros de Satanás y buscaban llevarnos por el camino del pecado. Mi mayor temor era que volvieran a presentarse en casa y amenazaran a padre. Recuerdo mirar aquella octavilla que guardaba en el bolsillo como un pequeño tesoro y preguntarme el motivo que llevaba a aquellos hombres a actuar de ese modo. Los ideales políticos significaban bien poco para mí a esa tierna edad y no alcanzaba a comprender por completo las motivaciones de aquellos hombres que, a mis ojos, eran bestias sanguinarias.

Pasaron un par de semanas sin noticia alguna de los guerrilleros y el ambiente en el pueblo se fue relajando poco a poco, aunque padre seguía inquieto. Quizás,

de alguna manera que desconozco, era consciente del fatal destino que se cernía sobre nosotros.

Ocurrió en sábado, jamás podré olvidarlo, poco antes del día de Todos los Santos. Salí con padre y las ovejas al amanecer. Comenzaba el reinado del frío en el monte y soplaba un viento intenso que cortaba la cara y hacía que se te saltaran las lágrimas. Pasamos todo el día en el campo, como tantas otras veces, y regresamos a casa justo antes del atardecer. Estábamos a menos de cincuenta metros de nuestro rento cuando salieron dos hombres detrás de unos pinos, armados con fusiles. Los guerrilleros. Recuerdo que un escalofrío me recorrió todo el cuerpo mientras padre me apretaba el hombro y me colocaba junto a él. Los hombres se aproximaron a nosotros cautelosamente, sin hacer el menor ruido.

—¿Es usted Faustino? El jefe comentó que es usted de confianza —dijo el primer guerrillero, el más alto de los dos— ¿Tiene algo de comer para nosotros? Tenemos dinero, le pagaremos bien, no se preocupe.

Padre me acercó aún más a su cuerpo.

—No sé de qué me hablan. Tampoco sé quiénes son ustedes. Márchense de mi casa o avisaré a la guardia.

El guerrillero alto esbozó una sonrisa conciliadora e hizo un gesto con las manos para tratar de tranquilizarnos.

—No hay necesidad de avisar a nadie amigo, sólo queremos algo de comer y nos marchamos enseguida.

El miedo me atenazaba y me impedía hablar. Temía que hicieran daño a padre.

No entendía qué querían de nosotros, por qué se empeñaban en molestarnos.

Apreté los puños y, reuniendo todo el valor que pude, grité:

—¡Marchaos ya de aquí, dejadnos en paz! ¡Ya le dijimos a ese Ochoa que no os íbamos a ayudar más! ¿Verdad padre?

Padre me hizo callar de un pescozón y me apretó fuerte el hombro, hasta hacerme daño. Se produjo un tenso silencio, el semblante de los guerrilleros cambió y las sonrisas se transformaron en muecas de desprecio. Yo era tan pequeño... No podía saberlo. ¿Cómo demonios iba a saberlo? Padre se dio cuenta desde el primer momento, eso sí, estoy seguro. Conocía bien la guerrilla. Esos hombres llevaban fusiles de guerrilleros, vestían como guerrilleros, hablaban como guerrilleros. Sin embargo, sus manos eran suaves, no recias como las de las

personas acostumbradas a vivir en el monte. Sus ojos no lucían febriles como aquellos que, durante eternas noches de guardia, se habituaban a escudriñar sombras entre los arbustos. Sus ropas olían a frío, pero no a la miseria de aquél que se ve obligado a vagar entre los matorrales para sobrevivir.

Uno de los falsos guerrilleros tomó su fusil y derribó a padre de un culatazo, mientras el otro corrió hacia mí y me agarró por detrás, inmovilizándome. Padre se arrastraba por el suelo boca abajo y entonces el guerrillero le atizó un puntapié que le hizo doblarse de dolor. Su cara chorreaba sangre.

—Así que Ochoa, ¿verdad?—dijo el hombre alto— ¿Cuándo estuvo por aquí ese puto rojo de mierda? Habla, si no quieres que le meta un tiro entre los ojos a tu mocoso.

Volvió a pegar una patada a padre, que aulló de dolor. Maldito cobarde. Una chispa en sus ojos delataba que disfrutaba con la situación. Tras toser y escupir sangre, padre respondió con voz trémula.

—Hace cosa de un mes. Cogió unos quesos y se fue, ¡lo juro!

—¿Lo juras? No me fio una mierda de tu palabra, perro. ¿Es eso cierto chico?—dijo mirándome a los ojos— ¿De qué hablaron tu padre y ese hombre?

Paralizado por el miedo fui incapaz de responder. Mi mirada danzaba entre la sangre de padre y los ojos crueles del guerrillero. Padre gimoteaba y rogaba con voz entrecortada:

—Por favor, hagan lo que quieran conmigo, pero no hagan daño al chico. Es muy pequeño, no tuvo nada que ver con esto, déjenlo en paz por favor.

Los falsos guerrilleros rieron con fuerza y el más alto volvió a golpear a mi padre, poniendo una bota sobre su pecho y apuntándole con el fusil.

—No tengo ganas de bajar con este puto rojo hasta el cuartel. ¿Qué me dices Javier, aplicamos justicia aquí mismo?

A partir de aquí, mis recuerdos son borrosos. El hombre que me sujetaba dijo algo mientras padre seguía suplicando por mi vida. Entonces escuché el disparo. Cerré los ojos y grité con todas mis fuerzas. Sentí como los brazos que me retenían me soltaban de pronto y me agaché junto al cuerpo de padre, abrazándole, sin parar de llorar. No vi a los hombres marcharse, perdí la noción del tiempo. Al cabo de un rato sentí los brazos de madre en mi espalda, debió escuchar el tiro desde la casa y salió corriendo a ver qué había pasado.

No recuerdo cuánto tiempo permanecemos abrazados, sollozando juntos. Cuando pienso en lo que ocurrió, en mi mente escucho una y otra vez el sonido de aquel disparo.

Al día siguiente enterramos a padre. Esta vez el cura no pronunció sermón alguno. Todos eran conscientes de lo que había pasado, la noticia voló por el pueblo más rápida que la bala que mató a padre. Ellos sabían que unos guardias civiles camuflados lo habían asesinado, pero nadie osó mencionarlo. Nadie movió un dedo, nadie nos proporcionó verdadero consuelo. Se limitaron a musitar un breve pésame y a cuchichear entre ellos cuando nos alejamos.

Al cabo de una semana nos mudamos a casa de mi tía Emiliana, en Albendea. Tras lo de padre, madre no podía mantener la casa así que su hermana nos ofreció ayuda. Madre ya no volvió al pueblo desde entonces. Jamás superó la muerte de padre, nunca volvió a ser la misma. Su carácter se agrió y su silenciosa pena me inundaba cada vez que estaba a solas con ella. No podía soportarlo. En cuanto fui lo suficientemente mayor me fui a Madrid a trabajar; conseguí empleo como conductor de autobuses en González Cristóbal, en un pueblo cercano a la capital llamado San Sebastián de los Reyes y dejé atrás mi infancia y mis recuerdos.

Con el tiempo, aprendí a no culparme del asesinato de padre. No fue fácil. Frecuentemente el sonido de aquel disparo me hace levantarme empapado en sudor, incluso ahora, tantos años después. Cuando ocurre, saco aquella octavilla de la mesilla de noche, ya amarillenta. Y la miro durante horas, sin cesar de preguntarme por qué. Por qué un hombre decide asesinar a otro de ese modo. Qué nos impulsa a tomar la decisión de matar a una persona. ¿Acaso es quitar, arrebatarse, destruir, el verdadero significado de esa palabra que llamamos “libertad”?

Zenobia

Basado en hechos reales